



**Pregón de la Semana Santa
CARTAGENA 1991**

Joaquín Navarro Valls



JOAQUIN NAVARRO VALLS

Pregon de la Semana Santa
compuesto por Joaquín Navarro Valls
el 23 de Marzo de 1991, Viernes de Dolores,
Fiestas de la Pasión de Cartagena,
en el Salón de Plenos
del Excmo. Ayuntamiento de Cartagena.

PREGON SEMANA SANTA

CARTAGENA. 1991



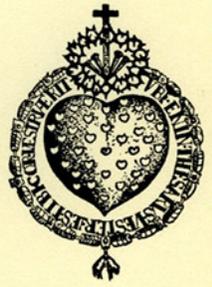
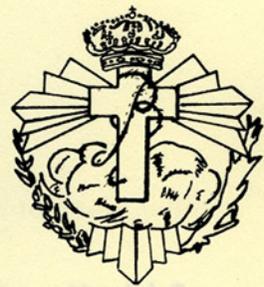
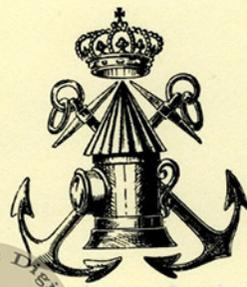
Publicación patrocinada por la

**Caja de Ahorros
del Mediterráneo**

JOAQUIN NAVARRO VALLS

PREGON SEMANA SANTA

CARTAGENA. 1971



Publicación patrocinada por la
Caja de Ahorros
del Mediterráneo

**Pregón de la Semana Santa
pronunciado por Joaquín Navarro Valls
el 22 de Marzo de 1991, Viernes de Dolores,
Festividad de la Patrona de Cartagena,
en el Salón de Plenos
del Excmo. Ayuntamiento de Cartagena.**





Excmo. Sr. Obispo.

Excmas e Iltnas. Autoridades civiles y militares.

Iltno. Sr. Alcalde y Excma. Corporación Municipal.

Nazarena Mayor.

Hermanos Mayores y Junta de Cofradías.

Señoras y Señores:



La invitación a pronunciar este año el Pregón de la Semana Santa cartagenera me sumió, inicialmente, en un poco confortable estado de perplejidad. Ausente de Cartagena en estas fechas desde 1959, me sentía más candidato a una invitación como silencioso espectador de estos días que como pregonero de ellos. Cartagenero siempre, pero en préstamo a otra ciudad extranjera, he deseado muchas veces tornar aquí en estas fechas. No lo he podido hacer. Y esta lejanía, no tanto geográfica, sino sobre todo temporal o, si se quiere, vital, me pareció que me descalificaba como pregonero de unos hechos tan lejanos para mí en el tiempo.

Pero la ausencia puede tener algunas ventajas con tal que lo ausente lo sea sólo de las pupilas y no del corazón. Se olvida lo que un día nos fue indiferente. El tiempo erosiona sólo lo que escasamente rozó la epidermis del alma. Lo que se amó se recuerda. Y la memoria, al cubrir aquellos recuerdos con experiencias recientes, los enriquece, los hace madurar, y les da perspectiva.

Un maestro en el arte de escribir daba una vez este consejo a su indeciso discípulo: «Mira a tu corazón y escribe». Hice mío ese consejo mientras preparaba este Pregón. No teniendo a Cartagena próxima, hube de mirar a la imagen que de



ella conservo yo. Esa imagen me sorprendió por su riqueza, por su variedad de elementos, por su viveza plástica. Y trabajando con esos recuerdos, trataba de responderme a una sólo pregunta: ¿qué es la Semana Santa de Cartagena? Y sobre todo, ¿qué es la Semana Santa de Cartagena más allá de su propia apariencia, más allá de lo obvio? O dicho de otro modo: si la historia evangélica es narrada por tantos pueblos y culturas, ¿qué es lo que hace tan singular y sugestivo el lenguaje procesional con el que Cartagena nos la cuenta?





on la «llamada» del primer día de la Cuaresma aparece ya uno de los rasgos definitivos de esta creación cartagenera: su carácter popular. La ciudad se anuncia –más a sí misma que a otros– una tarea que, potencialmente, implica a todos. Se distribuyen competencias. Se deciden responsabilidades. Se anima a los entusiastas y se incita a los indiferentes. Se planea. Se discute. Se crea una tensión de futuro como no existe en ningún otro momento de la biografía ciudadana. Y esta participación de los cartageneros en un solo propósito colectivo será ya, hasta el Domingo de Resurrección, una pulsación constante del ánimo de esta tierra. Cartagena es sí misma sobre todo en este período del año.

Pero ¿hacia dónde va esta movilización anual de la iniciativa y de las capacidades de esta tierra? Hacia la representación de un hecho histórico que es, a la vez, el momento central de la humanidad: la angustia, pasión, muerte y resurrección de Cristo acaecida veinte siglos atrás. Es decir, Cartagena se reconoce a sí misma cada año en torno a un hecho religioso. Y crea con sus desfiles procesionales una manifestación que, en mi opinión, ha de ser juzgada, valorada y, sobre todo, comprendida principalmente con parámetros religiosos.

Naturalmente, no niego la presencia de elementos populares y estéticos en nuestra Semana Santa. Afirmo ambos: los primeros, en cuanto modo de participación de toda una población ciudadana que es obviamente plural; y los segundos, en cuanto modo expresivo de categorías artísticas próximas al alma de nuestra tierra. Lo que afirmo es que, en mi opinión, la dimensión folklórico-popular y la artística son satélites en nuestra Semana Santa, de un primer y omnipresente motivo religioso.



Hay que admitir que ese motivo religioso no es exclusivo de aquí, puesto que está latente en manifestaciones análogas –no idénticas– en otros lugares españoles o de la geografía cristiana. La originalidad de Cartagena está en el modo en que estas tres dimensiones –religiosidad, elementos populares y elaboración estética– se relacionan entre sí. La autonomía de lo popular llevaría al puro folklore. La autonomía de lo artístico llevaría a la artesanía o al esteticismo. La sabia sumisión de ambos a un hecho religioso llevan a una maravilla única e irrepetible: la Semana Santa de Cartagena.





Todo hecho religioso es, siempre, una relación entre Dios y el hombre. Y cuando el hombre comunica a los demás su experiencia religiosa, la matiza con un tono afectivo particular: de agradecimiento, de sorpresa, de sumisión, de adoración, de temor, de alegría... Ocurre así tanto con las personas individuales como con las colectivas, y es lo que ha dado lugar a las grandes diferencias que encontramos en lo que el patrimonio cultural humano reconoce como «arte religioso».

Yo ahora me preguntaría ¿cuál es el tono emotivo básico de la Semana Santa cartagenera? ¿Cuál es la nota del diapasón íntimo con que el cartagenero matiza el conjunto de manifestaciones de su Semana Santa? O dicho de otro modo: cuando Cartagena echa a la calle sus desfiles ¿qué pretende presentar: una desahogada colección de hechos históricos; un drama o una tragedia?

Las cofradías cartageneras han elaborado, con sus procesiones, un modo expresivo de contar unos hechos concretos: la historia de la Pasión y muerte del Dios hecho hombre.

Y sin embargo, diría que una de las genialidades de la Semana Santa Cartagenera es la ausencia en ella de elementos trágicos. No hay aquí aquel desgarramiento trágico, aquel «pathos» desesperado que he visto, por ejemplo, en otros pueblos de España, en algún lugar del sur italiano y, tantas veces, en manifestaciones religiosas fuera de nuestra cultura católica.

Cartagenera, si se quiere definir el tono emotivo básico de la Semana Santa cartagenera hay que alejarse decididamente de conceptos como el de desesperación o el de tragedia. No es posible que pueda estar desesperado quien cubre generosamente de claveles y rosas a la imagen de la muerte, de la traición, de la sole-

dad. Ni vive el estupor de la catástrofe quien para acompañar en procesión a esas representaciones se viste de rasos multicolores.

Surge ahora la pregunta: ¿por qué Cartagena a través de Californios, Marrajos y cofrades del Cristo del Socorro han dado ese tono anímico acompasado, armónico, dosificando sabiamente los símbolos estéticos del dolor y del gozo en su presentación del mayor drama de la historia?

La respuesta no la doy yo, la da Cartagena: porque existe, junto a las tres Cofradías mencionadas, una cuarta que explica y completa el sentido de lo que las otras tres representan.

Me refiero, naturalmente, a la del Resucitado. Esta Cofradía, que recoge el misterio de la Resurrección de Cristo, cede a las otras tres aquella verdad que matiza, primero teológicamente y luego emotiva y estéticamente, la interpretación cartagenera de la Pasión de Dios. La verdad teológica da forma a la realidad estética.

Cartagena dice, con su Semana Santa, que la Pasión y Muerte de Cristo no es un acontecimiento trágico. El cartagenero ha decidido –y ha decidido bien– que la tragedia no es cristiana. Que la desesperación, que la destructora crispación del dolor no es, después de Cristo, ni la verdadera clave de la vida humana ni, menos aún, de la Semana Santa. Las esculturas procesionales cartageneras son, en su mayoría, dolientes y pacientes; nunca desesperadas. Pero no son sólo las imágenes, sino los tronos en su conjunto quienes transmiten mejor este mensaje básico de nuestra Semana Santa. Cada una de esas esculturas –Pedro, Juan, María, Cristo– bucea en la profundidad de la ansiedad, de la soledad, de la tristeza y hasta de la angustia. Pero cuando Cartagena expresa en un trono ese dolor, emplea, como vestidura, mares de luz, aires de música serena, himalayas de flor.

Incluso en el Cristo Yacente, aparente símbolo del fracaso universal, el cartagenero ha ensayado un modo de representación artística que lo aleja de la verdadera imagen de la muerte concebida como destrucción de la naturaleza y como anulación completa de la vida. El Santo Sepulcro de Cristo en su versión cartagenera, atrae, acoge, invita. Sus tonalidades expresivas son las del reposo abandonado que sigue a una obra penosa y extrañamente difícil. Pero hay en aquel cuerpo y en su arropamiento procesional más promesa de vida que confirmación de muerte. Es un Cristo muerto; no es un Cristo destruído. Ante aquella escultura la reacción del corazón humano más que a huir, conduce a acercarse y esperar. Para mí, este elemento de serenidad, de aparente contraste entre drama de



la vida que está por acabar y expresión estética de luz, música, flor y belleza, es una de las dimensiones más extraordinarias de la Semana Santa cartagenera.

Sé que el protagonismo de la flor y de la luz en nuestra Semana Santa ha sido, y probablemente lo es todavía, tema polémico. A mí, me parece extraordinario. Y me parece extraordinario porque es tremendamente real. Quiero decir que esta forma luminosa, bella, floral y musical de la Semana Santa cartagenera no es sólo estética; es también, y quizás esencialmente, teología.

Para explicar lo que quiero decir, permítanme ustedes que les cuente una pequeña anécdota. Hace dos años, en su obstinado peregrinar por el mundo, el Santo Padre acudió a Colombia. Allí, el Papa quiso visitar el lugar de aquel inmenso desastre provocado por el aluvión del Nevado del Ruiz. Inaccesible por cualquier a cualquier otro medio, llegamos a aquel valle en helicóptero. Una desmesurada extensión de la cañada estaba cubierta por un mar de fango endurecido. Quince metros más abajo, veinticinco mil personas con sus ilusiones, sus esperanzas, sus alegrías y sus tristezas yacían sepultadas en el fango. El Papa se arrodilló en el suelo. Sin pronunciar una palabra permaneció, apoyada su cabeza en una cruz allí plantada, en una oración larga y silenciosa. Regresando me atreví a preguntarle algo de sus sentimientos en aquellos momentos. Respondió, indirectamente, a mi pregunta: «Impresionante aquel túmulo de 25.000 personas; ¡el hombre aplastado así!», dijo como hablando para sí mismo. Y tras un momento de silencio, continuó: «¡Pero el hombre, desde que Dios fue aplastado en Cristo, no puede ser aplastado jamás! Esto es difícil de entender: Dios aplastado... Ni siquiera Pedro lo entendía».

Traigo aquí esta afirmación del Santo Padre porque conecta directamente con la ausencia de sentido trágico de la Semana Santa cartagenera. La única muerte de la historia que da sentido auténtico a todas las demás es la de Cristo, puesto que es la única capaz, por sí misma, de redimir. Y a esa muerte única, sigue la Resurrección. Desde que Cristo asume este itinerario histórico para salvar a la humanidad, la arbitrariedad de la tragedia y su escandaloso rostro absurdo, ha desaparecido de la vida del hombre. No ha desaparecido el dolor y la muerte. Ha desaparecido el sinsentido. Ha desaparecido la desesperación.

Y es precisamente esta concepción de fondo la que encuentro como una constante en todas las manifestaciones plásticas de nuestra Semana Santa. Por eso aquí nada de lo que representa la Pasión es excesivo. No es excesivo el exceso de luz. No es inmoderada la abundancia de flor. No es sobrante la música. No lo es tampoco la riqueza. Ni el buen gusto. Ni la variedad artística de hachotes, capas,



combinaciones de colores. Y no lo es porque el cartagenero vive la Pasión de Dios con esperanza; y vive la agonía en el Huerto o el Prendimiento, y hasta la Crucifixión no como lucha atormentada contra el destino, ni como escaramuza patética en la frontera del absurdo. La vive –la representa– sobre todo en forma de víspera Pascual.

En el silencio que acompaña los desfiles cartageneros, el bamboleo solemne de las capas de Marrajos, Californios y cofrades del Cristo del Socorro, parece decir al atónito espectador: «Espera. No saques conclusiones apresuradas. Espera. El final de la Historia no es lo que ves, sino lo que presientes. Comparte nuestra pena, pero no entres ni en el miedo ni en la desesperación. El Domingo por la mañana llega la gran revelación: la Cofradía del Resucitado te la contará».

Presenciando en otros lugares las procesiones de Semana Santa he tenido a veces la impresión –sin duda subjetiva y probablemente errónea– que algunos tronos o las escenas que representaban, desconocían el conjunto de la narración evangélica y, sobre todo, el final de ella. El Cristo en la Cruz parecía negar la posibilidad de su propia Resurrección. El Beso de Judas, representado en su brutal desnudez, parecía negar a todo hombre la posibilidad del propio arrepentimiento. Y hasta la Virgen, aniquilada por su propia angustia, parecía rechazar la posibilidad de que, en su enorme pena, pudiera preocuparse de la nuestra.

Veo, en mis recuerdos, a nuestra Semana Santa de modo completamente distinto. La veo optimista y humana y, por eso, realista y divina. La veo como una afortunadísima catequesis del núcleo central de nuestra Fe. La veo como una narración de lo tremendo sin llegar nunca al tremendismo; y como una epifanía de lo terrible –la muerte de Cristo– tendida toda ella hacia la Resurrección final. Y esto, tan difícil de expresar cuando se cuenta la historia evangélica, se manifiesta en una estética originalísima, hecha de elementos aparentemente dispares. Una estética que aúna el máximo del dolor con el máximo de esperanza. Una estética, en definitiva, cartagenera.

Desde luego, hay aquí un tema de antropología cultural muy sugestivo. Se ha querido atribuir al carácter de esta tierra, a su espontaneidad, a su facilidad para las expresiones sensitivas, al optimismo que sugiere su clima benigno, aquellas formas estéticas que aparecen en las manifestaciones de nuestra Semana Santa. Y no lo creo así, porque veo otros pueblos similares al nuestro con un sentido de la vida bien diferente del de aquí en sus manifestaciones. Ciertamente, los pueblos tienden a elegir formas estéticas que tienen alguna conexión con su persona-



lidad. Pero no es menos cierto que la personalidad se articula alrededor de las cosas que sabemos y que creemos. Por tanto prefiero ver en esos elementos de nuestra Semana Santa más un reflejo del alma cartagenera que de su cuerpo; más una expresión de su espíritu que de su biología.





Recuerdo una discusión que de niño, por estas fechas, mantuve con un compañero de clase. Con los conceptos aún endeble de nuestros siete u ocho años discutíamos, si los desfiles cartageneros reflejaban bien lo que ocurrió en Jerusalén hace casi veinte siglos. Encontrábamos una disparidad entre la belleza de los tronos cartageneros y la original historia de la Pasión. Disparidad, por ejemplo, entre la pobreza de Jesús y la riqueza del trono Californio de la Cena. Entre el desamparo de María y estas Vírgenes de nuestras Cofradías de hoy. El tema que nos proponíamos sin proponérselo era el de la historicidad –al menos formal– de nuestra Semana Santa. Y la pregunta última era: lo que ocurrió en Jerusalén, ¿fue así como nos lo hacen ahora ver nuestros paisanos?

Han tenido que pasar bastantes años y he tenido que aceptar venir aquí a pronunciar este pregón para poder ofrecer a mi compañero de entonces –no sé si estará aquí ahora– una respuesta convincente. Convincente al menos para mí. Veo la Semana Santa cartagenera como una narración histórica de los hechos que cuenta.

Hay varios modos de hacer historia. Se pueden contar hechos tal como aparecen a la vista. Y se pueden contar hechos por lo que significan, por lo que en realidad son más allá de su apariencia. El genio cartagenero ha elegido esta segunda vía. El fruto de su trabajo es una representación de la Pasión completada con la valoración significativa de lo que se está representando. Y esto explica algunas aparentes paradojas, no sólo de las procesiones cartageneras, sino incluso del clima humano que acompaña cada año a estos desfiles pasionales.

Fijémonos, por ejemplo en esas tres maravillas que son las representaciones de la Virgen que desfilan el Miércoles y Viernes Santo y el Domingo de Resurrec-



ción. Un cierto tipo de realismo, habría podido representar a María de modo bien distinto. Sin luz que la acompañara en aquel amargo camino. Sin flores en torno, ausentes aún hoy de los peñascos secos de Palestina. Su vestido, sin duda modesto, tejido rudamente en algodón o, todo lo más, en burdo lino. Su belleza de mujer aún joven, deformada por las lágrimas, agredida por el largo insomnio, escondida bajo mares de soledad. Cartagena, ciertamente, no ha representado así a la Madre de Cristo.

Cartagena, representando a María en la historia de la Pasión, no ha querido prescindir de toda la teología mariana que es patrimonio de nuestra Fe. La ha literalmente cubierto de flores simbolizando quizás en ese vértigo de pétalos la compañía que le hacen todos sus hijos a lo largo de los siglos. Cartagena ha roto la oscuridad de aquella noche con miles de luces que indican la voluntad de consuelo y compañía a la Desconsolada. Cartagena acompaña a sus Vírgenes con música porque la música, aquí, es símbolo de oración. Los cofrades, en torno a la imagen, desfilan en silencio pero su vestuario y hachotes, deliberadamente elaborados y ricos, presagian ya las riquezas contenidas en una Resurrección inminente. Y a la imagen misma, se la viste no con la estameña y el pobre paño originales, sino con terciopelo y bordados que son expresión real de un amor auténtico. Y al final de la procesión, en el simbólico momento en que María volvería a su alojamiento al final de aquel día increíble, Cartagena encuentra la ocasión para darle una serenata con la Salve de esta tierra.

Todas estas realidades acompañaban la aparente soledad de María en las afueras de Jerusalén. No se veían entonces. Pero con la Fe, hoy, se ven. Y hacerlos presentes visualmente es hoy el mejor y el modo más realista de contar aquella historia.

Si, pienso que la Semana Santa de nuestra tierra es no sólo escrupulosamente histórica, sino llamativamente realista, porque el realismo que sólo cuenta apariencias es, en definitiva, mentiroso.

¿Y esos mantos excesivos, enormes, que cubren a nuestras Vírgenes? ¿No son ya pura forma, artificio estético carente de fundamento histórico-religioso? La respuesta a esta pregunta me vino accidentalmente durante el último viaje del Papa en África. En el poblado que visitábamos, una mujer con un chiquillo a las espaldas y otro dormido en su seno, agarraba con sus manos a otros dos zagalillos que miraban con curiosidad al Papa. Cuando el Santo Padre se acercó a saludarlos la inevitable compañía de otras personas asustó a los dos críos mayores. Se solta-



ron de las manos de su madre y desaparecieron bajo el modestísimo paño de algodón que servía de vestido a aquella mujer. Me pareció comprender entonces que esos mantos que Cartagena ha dado a sus Vírgenes no son una concesión de retórica estética sino más bien un recurso expresivo para manifestar la maternidad universal de María. Algo así como decir, en forma de terciopelo bordado: «Cuando en mi vida tenga miedo, recordaré que puedo cobijarme en Ti».





Una vez más, la enorme cantidad de impresiones que Cartagena ofrece en estos días, produce al principio la impresión de heterogeneidad y hasta de conflicto de propósitos. Lo que ocurre, sin embargo, es que el cartagenero, en su genio secular, ha acudido al símbolo para expresar mejor la realidad que cuenta. Pero no a símbolos huecos, etéreos o formalistas, sino a aquellos que extraen su jugo vital de la realidad, de la teología y, naturalmente, de la afortunada sensibilidad estética de esta tierra. Por eso, luz y oscuridad, silencio y música, pobreza y riqueza, luto y flor, dolor y optimismo, muerte y esperanza, son aquí, en estos días, categorías complementarias. Y quizás, por esta vía, Cartagena supera de algún modo la tradicional disyuntiva entre sacro y profano tan evidente en otros lugares.



Ve así la Semana Santa de Cartagena: como un patrimonio riquísimo de significado, profundidad y simbolismo que los cartageneros de ayer han cedido, en herencia, a los cartageneros de hoy. Toda herencia confiere a quien la recibe una responsabilidad, tanto mayor cuanto más rico es el patrimonio que se hereda. La herencia, en este caso, es enorme: la interpretación viva, visual, estética y teológica de la pasión y muerte del Señor. Nuestra responsabilidad hoy, proporcionada a aquel legado, es también enorme.

Decía al principio que la dimensión folklórico-popular y la dimensión artística son, en nuestra Semana Santa, satélites de un primer y omnipresente motivo religioso. Este es el núcleo más auténtico de la herencia procesional de aquí. Y esta es quizás la responsabilidad mayor de la Junta de Cofradías de Cartagena: encauzar la creatividad de nuestro pueblo de modo que este núcleo de autenticidad no se disuelva ni en lo puramente folklórico ni en lo meramente estético. En definitiva, que la Semana Santa de aquí siga siendo una elaboración catequética original del hecho histórico –la Redención del hombre– que soporta toda posible esperanza radical humana.

Sé que otros pregoneros se han permitido alguna vez la licencia de aconsejar o sugerir. Antes de terminar este pregón, yo dejaría a mis paisanos sólo una pregunta: ¿cabe en la actividad de nuestras Cofradías un espacio para la profundización intelectual de la narración evangélica en forma, por ejemplo, de cursos o seminarios de actualización bíblica en simultaneidad o en vísperas de nuestra Semana Santa? Sería un modo más para ayudar a conservar, enriqueciéndolo, lo que me parece es uno de los mejores patrimonios de Cartagena: sus desfiles procesionales.

Gracias por su atención.





CAM

**Caja de Ahorros
del Mediterráneo**

